RESEÑAS

BORRUT, Antoine y COBB, Paul M., *Umayyad Legacies, Medieval Memories from Syria to Spain*, Leiden-Boston, Brill 2010, 528 pp., 38 fotografías en color.

El libro objeto de esta reseña recoge las contribuciones de los participantes en la conferencia internacional e interdisciplinar “Umayyad Legacies/Héritages Omeyyades” (Damasco, 29 junio-2 julio 2006). El encuentro fue organizado por el Institut Français du Proche-Orient (IFPO) en colaboración con el Instituto Medieval de la Universidad de Notre Dame, bajo la coordinación de Antoine Borrut y Paul M. Cobb, editores del volumen. Este coloquio, en el que participaron investigadores procedentes de Estados Unidos, Europa y Oriente Medio, permitió dar a conocer algunas de las aportaciones recientes más interesantes en el ámbito de la literatura, de la historia y de la arqueología, todas ellas inherentes al tema de la «memoria» de los omeyas de Siria y Al-Andalus.

Los estudios recogidos en este volumen se articulan en torno a un doble interrogante epistemológico: ¿cómo sabemos lo que sabemos sobre los Omeyas y cómo quisieron ser recordados realmente los Omeyas por las generaciones siguientes?

El cambio dinástico llevó consigo una seleccionada destrucción y manipulación de los testimonios literarios y artísticos de la época omeya, de modo que los ‘abbāsīes transmitieron una imagen filtrada de sus predecesores. En este sentido, existe un problema hermenéutico de fondo en la cuestión de la fragmentariedad de las fuentes para el estudio de la edad omeya: la casi totalidad de los textos de que disponemos de ese período ha sido transmitida mediante citas, copias o referencias textuales en obras de época ‘abbāsī o de épocas posteriores. Esto implica –como bien apuntan Borrut y Cobb en la introducción al volumen– que lo que se ha transmitido a través de estas fuentes literarias e historiográficas esté influido por un intento de revisión de la «memoria» omeya. En consecuencia, si realmente los Omeyas se interesaron por transmitir una «memoria» de ellos mismos, el camino más directo para remontarnos a esta auto-representación debería tomar en consideración no solo las fuentes escritas, sino también los documentos de la cultura material, rea-

lizados puramente como testimonios para la posteridad. Con la construcción de los edificios, así como con la planificación urbana de los nuevos asentamientos, los omeyas de Oriente y los de al-Andalus difundieron un mensaje claro e inequívoco, proclamando triunfalmente su identidad árabe, el absoluto monoteísmo y su legítima soberanía.

La primera parte del libro, *History and Memory*, recoge seis artículos que se centran en los mecanismos que subyacen en la formación de la «memoria» omeya, abordando el tema a través del análisis de la interacción entre Historia y Memoria. En esta sección, Borrut presenta un enfoque detallado sobre la empresa de recomposición de la historia omeya llevada a cabo por el *entourage* ‘abbāsī, principalmente alrededor de los siglos III y IV de la hégira. A través de un trabajo de reescritura, esta manipulación pretendió adaptar el pasado del imperio islámico al nuevo canon historiográfico, generando una *vulgata* oficial que afirmara la legitimidad de la nueva dinastía frente a los episodios más violentos de la guerra civil y de la revolución ‘abbāsī. Ajena a esta lógica de *damnatio memoriae*, la aportación de las fuentes no musulmanas al estudio de la herencia omeya resulta imprescindible, ya que proporciona una perspectiva distinta y complementaria. El artículo de Olivia Remie Constable corrobora la importancia de la historiografía cristiana en este proceso de relectura crítica de la «memoria» omeya, comparando algunas crónicas ibéricas compiladas entre los siglos VIII y XIII, que en ocasiones mantienen una concepción fuertemente pro-omeya. En estas fuentes latinas encontramos reflejada no solo la percepción de los omeyas de al-Andalus por parte de los cronistas medievales cristianos, tanto contemporáneos como posteriores, sino también un profundo interés por las cuestiones dinásticas en el mundo islámico. Además Constable pone de relieve el hondo conocimiento de los títulos honoríficos y de las prerrogativas califales que en ocasiones manifiestan estas obras, elemento que testimonia la amplia circulación en el ámbito cristiano de fuentes árabes –escritas y orales– y el papel primario desarrollado por los mozárabes.

Una aproximación filológica al problema de las fuentes también caracteriza el artículo de Anne Marie Eddé, que da pormenorizada cuenta de las fuentes historiográficas de Ibn al-‘Adīm, que vivió en Alepo en el siglo XIII y que compiló un diccionario biográfico de los personajes ilustres residentes en aquella ciudad, la *Buḡyat al-ṭalab fī ta’rīj Ḥalab*. La autora subraya la atención prestada por Ibn al-‘Adīm al período omeya y su preciso método de compilación de los datos relativos a esa época, características que hacen de esta obra un válido repertorio para los estudios de prosopografía. Especial interés presenta el Anexo B de este artículo donde aparecen catalogadas estas fuentes directas e indirectas en orden cronológico, con mención específica del correspondiente *isnād* y las referencias textuales en el diccionario de Ibn al-‘Adīm.

En esta misma sección, el trabajo de Steven Judd analiza y compara la variedad de estrategias literarias y narrativas empleadas por la historiografía ‘ab-

bāsī en la remodelación de la «memoria» omeya, presentando una amplia gama de contextos, interpretaciones y finalidades. Según Judd, la complejidad que subyace a esta empresa de reescritura resulta evidente al enfrentar, por ejemplo, las obras de al-Balāḍuri y de al-Ṭabarī, que manipularon la información proporcionada por fuentes más antiguas para apoyar dos interpretaciones divergentes de la caída de la dinastía omeya de Siria. Estas alteraciones reflejan en ambos casos el intento de conferir coherencia a la narración frente a la contradictoriedad de las fuentes anteriores. Pero mientras que al-Balāḍuri enfatiza la centralidad del conflicto religioso en la sociedad omeya, al-Ṭabarī destaca la importancia de la rivalidad entre grupos tribales y facciones políticas. Esta ambivalencia entre interpretación religiosa y tribal desempeña un papel importante también en el pensamiento de Ibn Jaldūn: en su artículo, Gabriel Martínez-Gros se dedica a comentar la «memoria» omeya en la obra del gran historiador y sociólogo, introduciendo un esquema interpretativo que resulta, a nuestro juicio, muy clarificador de cara a las dinámicas entre poder ‘abbāsī, historia colectiva y «memoria» omeya. El autor detecta de forma puntual los elementos que caracterizan la dicotomía entre Historia Universal y Profecía en la concepción de Ibn Jaldūn, identificando dos líneas temporales en las que se inscriben los acontecimientos de la edad omeya. La coexistencia de estas líneas traduce la relación entre *‘Aṣabiyya* y Estado, que se desarrolla según una precisa sinopsis regulada por unidades de tiempo (generaciones). Además, en el trabajo desarrollado por Martínez-Gros se pone de manifiesto el vivo interés de Ibn Jaldūn por dos problemas que afectan a la escritura de la historia omeya: el sentido de la guerra civil (680-693) y las causas de la caída de los Omeyas.

Si por un lado la historiografía ‘abbāsī se enfrentaba con la necesidad de integrar el pasado omeya con la creación de una memoria colectiva islámica, por el otro el patrimonio literario y artístico de la primera dinastía califal fue asimilado y remodelado según los nuevos criterios estéticos y estilísticos, como expone el artículo de Hilary Kilpatrick sobre la imagen de los omeyas en el *Kitāb al-agānī*. A pesar de que esta obra de recopilación no permita delinear un retrato fiel de los miembros de la dinastía, la pluralidad de personajes y acontecimientos narrados proporciona información sobre la vida pública y privada de los califas y de su corte, aportaciones esenciales para la relectura crítica de la «memoria» omeya, hilo conductor del libro.

Frente a esta historiografía revisionista, los artículos de la segunda sección – *Practice of Power and Legitimation* – investigan las ideologías del poder dinástico y los procedimientos que efectivamente se llevaron a cabo en la edad omeya para establecer y afirmar la legitimidad de la autoridad política y religiosa de los califas. El trabajo de Fred Donner se centra en el estudio de estas prácticas de legitimación, unas dirigidas hacia la comunidad naciente y otras dedicadas al mundo no-musulmán. Dentro de este marco situacional destaca un «proceso de redefinición» de la comunidad de los creyentes que evoluciona en comunidad religiosa propiamente islámica, autónoma con respecto a los

otros cultos monoteístas. Coincidimos con Donner en señalar la creación de nuevas marcas de identidad y factores de cohesión como una «herencia silenciosa», probablemente el legado más duradero del pasado omeya; estos elementos fueron considerados obvios por sus sucesores y por eso sobrevivieron en las instituciones medievales y modernas, pese a los esfuerzos de minimización realizados por las élites intelectuales ‘abbāsīs. Asimismo podemos considerar fundamentales y persistentes las aportaciones de la primera dinastía califal al establecimiento de las instituciones políticas y patrimoniales de la naciente comunidad islámica, analizadas por Wadād al-Qāḍī y Christian Décobert. El estudio original realizado por al-Qāḍī sobre el *Futūḥ al-buldān* de al-Balāḍurī permite analizar las anotaciones toponímicas de los registros omeyas, poniendo en evidencia cómo los elementos fundamentales que conforman el patrimonialismo omeya se revelan a través de una reconstrucción filológica de las prácticas fiscales. La aportación de Décobert muestra también el aspecto piadoso del régimen patrimonial islámico, que expresa además el intento de sacralización de la soberanía. Reivindicando el *mulk* sobre los territorios del *jarāy*, los califas de la primera dinastía afirmaron efectivamente el ejercicio de poder en virtud de una designación divina y su papel fundamental en la realización de una profecía metahistórica.

Completan el discurso sobre las prácticas de legitimación del poder dos artículos que examinan el arte y la arquitectura de los califas de Siria y de al-Andalus a la luz de la relectura crítica de las fuentes escritas, destacando la afirmación del programa ideológico califal por medio de la producción artística. El trabajo de Susana Calvo Capilla trata las analogías entre la mezquita aljama de Córdoba y la Gran Mezquita de los Omeyas de Damasco, detectando los elementos simbólicos del lenguaje visual y arquitectónico del arte omeya; este estudio consigue demostrar que tanto las fuentes historiográficas como la cultura material andalusí atestiguan la voluntad por parte de los omeyas de Occidente de legitimar su poder a través del vínculo cultural –y por supuesto de linaje– con la tradición de los antecesores sirios. Cierra esta segunda sección el artículo de Sophie Makariou sobre la decodificación del programa iconográfico de la Pyxis de al-Mugīra. Resulta muy atractiva la perspectiva de este trabajo que intenta abordar el estudio del arte islámico desde un punto de vista renovado, ahondando en el valor comunicativo de los objetos artísticos en la corte califal de al-Andalus. Según la propuesta de la autora, la Pyxis de al-Mugīra constituye una ventana abierta hacia las relaciones políticas y privadas de la corte omeya.

También en la tercera y última parte del libro *Legacies on Land and Sea*, se da un gran protagonismo a la arqueología y a la arquitectura, con enfoques variados que van desde la Historia de la Arquitectura hasta el Urbanismo y la Arqueología del Paisaje. El artículo de Denis Genequand se dedica en gran medida a la aportación omeya al paisaje arquitectónico, analizando principalmente los castillos del desierto. A pesar de que estos ejemplos marwānīs manifiesten las formas más peculiares de la arquitectura omeya, según la opinión

del autor esta herencia es efectivamente “efímera” con respecto al paisaje rural. Nos parece, sin embargo, demasiado restrictivo considerar esta aportación teniendo en cuenta básicamente el sistemático abandono de los sitios examinados. Si por un lado es innegable que queda mucho camino por explorar, por el otro Antonio Almagro consigue abordar el tema desde una perspectiva más amplia, explicando de manera muy clara la evolución de las soluciones constructivas y del estilo omeya elaborados en contextos rurales y urbanos a través del concepto de «intercambio o préstamo de formas».

En cuanto al análisis de la apropiación del espacio urbano, Mattia Guidetti proporciona un estudio de la topografía urbana comparando los casos de Alepo, Edessa/al-Ruhā’ y al-Ruṣāfa. El autor lanza sugestivos interrogantes sobre la aportación de las nuevas fundaciones omeyas al paisaje urbano y sus relaciones con la herencia de las ciudades tardoantiguas del Bilād al-Šām. Su análisis se centra principalmente en la arquitectura religiosa y la condición de espacios sacros entre musulmanes y no-musulmanes, elemento que genera un cambio sustancial en el panorama sacro de las ciudades. En ese marco se inscribe también el artículo de Donald Withcomb que trata la herencia omeya en la morfología de la ciudad islámica, examinando el caso de Fustāṭ. El autor destaca una superposición de formas de asentamiento urbano tardoantiguas a la articulación del espacio nómada, ambivalencia atestiguada por los barrios de Fustāṭ identificados como *jīṭaṭ* (sing. *jīṭa*). Completa la sección el original trabajo de Christophe Picard sobre la percepción del espacio marítimo por parte de los califas omeyas de Córdoba y sus estrategias de control de la frontera mediterránea. La importancia estratégica e ideológica de la política naval omeya constituye una herencia reconocida también por la historiografía ‘abbāsī, pues afirmaba la legitimidad del califato sunní en contra de la herejía ismā‘ilī.

Para concluir, cabe decir que algunos de los estudios recogidos se complementan con un rico repertorio de imágenes que clarifican aún más la exposición. Hay que lamentar, por otra parte que la necesaria selección de textos haya dejado fuera temas como la epigrafía y la numismática, cuyas aportaciones permitirían enmarcar el temario central desde una perspectiva más completa. Los trabajos recogidos en este volumen abarcan únicamente la Edad Media, sin explorar tampoco la totalidad de las experiencias medievales y dejando de lado áreas importantes como Iraq y Asia Central. Tratándose, sin embargo, de una materia demasiado vasta, los límites cronológicos y geográficos establecidos nos parecen adecuados para ahondar en el tema de la «memoria» y de la herencia omeya desde perspectivas específicas y en ocasiones inéditas.

En definitiva, se trata de un volumen excelente que agrupa artículos bien argumentados y escritos con suma claridad expositiva y rigor documental gracias a la constante presencia de un interrogante permanente.

ILENIA LICITRA

KURAN, Timur, *The Long Divergence: How Islamic Law Held Back the Middle East*, Princeton, Princeton University Press, 2011. xvi + 405 pp.

This book addresses the highly important but usually neglected issue of the reasons for the current economic backwardness of the Middle East. Of course, the neglect of this topic is due not so much to a lack of interest in it as to its highly controversial nature.

Until now, the most common explanations for the economic decline of the Middle East have emphasized cultural and religious factors. Not infrequently, Western scholars have privileged an essentialist explanation which highlights the traditionalist character of Islamic civilization, and questions its compatibility with economic development, thus opening the door for the reformation or even abolition of important and identifying elements of Islamic civilization. On the other hand, many Muslim scholars have tended to a different view. According to this argument the economic decline of Middle Eastern economies since the late Middle Ages is not explained by the presence, but by the very abandonment of early Islamic institutions. Thus they propose a return to early, idealized Islamic practices. Neither of these explanations is satisfactory: the first fails to account for the economic florescence of the early Islamic period, while the second does not take into account the fact that Middle Eastern economies started to grow on a significant scale when they undertook a reformation of their institutions.

Timur Kuran's book overcomes these difficulties by focusing on how certain Islamic institutions and institutional mechanisms, inherited from the Middle Ages, prevented the emergence of modern, growth-enhancing economic organizations. This does not amount to saying that Islamic institutions are incompatible with economic growth. Kuran's view does not exclude the possibility that those institutions might have been more efficient before the year 1000. In fact, it was in some cases the very initial success of some Islamic institutions that made them more resilient in the face of change (pp. 32-33). Nor does this explanation presuppose that these institutions are incompatible with modern business practices. It is not those institutions that matter in this explanation, but rather the failure of the institutional environment to adapt to the new global market circumstances that were developing around the year 1000, and particularly following the start of the early modern era. The problem is that by the nineteenth century the Islamic world was doing business with basically the same institutions as in the year 1000.

So the question is: how did Islamic institutions manage to remain almost unchanged during so many centuries? According to Kuran, Islamic institutions had powerful self-enforcing and self-reinforcing mechanisms, meaning they had the capacity to stand up and support each other, while European institutions were self-undermining and self-transforming, thus triggering a path of constant institutional innovation. Because of this, Islamic institutions prevented the emergence of impersonal exchange and the development of long-

lived firms (what we call corporations), making it impossible, for example, for a modern financial system to emerge. The result was to hinder the possibility of financing large commercial enterprises.

Kuran's argument develops mainly round the negative effects which the Islamic inheritance system and the institution of the *waqf* had on the evolution of Middle Eastern economic institutions. The inheritance system prevented the preservation and transmission of great fortunes across generations, due to its egalitarian prescriptions for the distribution of estates. As such prescriptions were established by the Qur'ān, any person with a stake in keeping this system unchanged could appeal to the sacred text in order to defend his or her interests. This possibility acted as a powerful self-enforcing mechanism for the institution. The difficulties involved in founding a big business and preserving it across generations prevented the development of more sophisticated commercial institutions, simply because in the absence of big firms, no complex institutions for their management were needed. In consequence, in Kuran's view, the modern corporation did not develop in the Middle East due to a lack of demand for it. In the modern economic system, those inheritance practices are no longer a problem, since modern corporations are owned by shares distributed among many holders through a joint-stock market. How those shares are distributed among their holders is of no concern for the continuity of the corporation and its functioning.

The only way in which a large fortune could be preserved across generations was by converting it into real estate and then founding a *waqf*. But this constituted yet another great handicap for the emergence of the modern corporation in the Middle East. On the one hand, the functioning of the *waqf* was subject to the prescriptions established in its foundation document, and so its adaptation to changing market conditions was hampered. On the other hand, it was not possible for several *awqāf* to pool their resources into a common fund which could be used for big investments. As a result, it was impossible to create large firms that could compete in the emerging global market and take advantage of the technological innovations that followed the Industrial Revolution (whose exploitation required a large initial investment). The impossibility of pooling resources into a common fund also prevented the emergence of a modern financial system in the Middle East.

These and other factors analyzed by Kuran prevented the development of complex organizations in the Middle East. Though Islamic commercial institutions proved very efficient before the year 1000, following that date they began to perform less well than the European ones, because of the lower degree of institutional innovation in the Middle East. That is why Timur Kuran speaks about a "long divergence": in his view, Middle Eastern countries began to perform worse economically by comparison with Europe after the year 1000, so we should see the high degree of economic underdevelopment (by European standards) which we find in this region by the nineteenth century as the outcome of a long historical process.

In general, Timur Kuran makes a very good case for the thesis that the institutions which prevailed in the Islamic world prior to the nineteenth century were responsible for the region's backwardness by comparison with Europe in that century. However, one misses a closer look at statistics in the book. After all, the divergence is defined as the different evolution of per capita GDP growth rates, which led Europe to have the highest per capita income in the world in the nineteenth century (with a share of the world GDP of about 33 percent by 1870, according to the Maddison estimates, available at <<http://www.ggd.net/MADDISON/oriindex.htm>> [26-04-2012]).

Granted, it is not easy to find statistics about the evolution of economic indicators in Middle Eastern countries during the Middle Ages and the early modern period (a recent article of Pamuk and Özumucur and a paper by Pamuk and Shatzmiller on this issue are two of very few; *vide*: Pamuk, S. and Özumucur, S., "Real wages and standards of living in the Ottoman Empire, 1489-1914", *The Journal of Economic History*, 62, 2 (2002), pp. 293-321; Pamuk, S. and Shatzmiller, M., "Real wages and GDP per capita in the medieval Islamic Middle East in comparative perspective, 700-1500", paper presented at the 9th Conference of the European Historical Economics Society, Dublin, September 2-3, 2011, available at: <http://www.ehes2011.com/papers/pamuk-shatzmiller_EHES_Dublin_%5B1%5D.pdf> [26-04-2012]), and only recently has modern scholarship taken on the task of studying the evolution of living standards on a worldwide scale over the long term. But some effort could have been made to find evidence about the evolution of living standards in the Islamic world during the period covered by Kuran, using rough proxies or studying scattered evidence in the form of accidental anecdotes and the like. Without that, it is difficult properly to understand the nature and magnitude of the process being analyzed. It is to be hoped that Middle Eastern scholars will contribute to the efforts of other historians to study worldwide historical living standards by providing comparable evidence from the Middle East from the Middle Ages onwards. A more detailed picture of the evolution of Middle Eastern living standards would allow us to test, qualify or reject the thesis developed by Kuran in his book.

Another element I miss in the book is the analysis of some specific cases. Of course, this is a book about the big picture, concerned with general rather than specific cases. But the analysis of specific cases works well when it comes to illustrating the working mechanisms of certain institutions. Instead, Kuran turns frequently to counterfactuals and hypothetical settings (for example on pp. 85, 130, 147, 156, 173, 182 and 239). Though useful for some purposes, this kind of reasoning usually takes us far from the reality we seek to explain, and so undermines the strength of our arguments.

Another problematic point is the almost exclusively Ottoman perspective of the book. Kuran justifies this approach by stating that the best way to do-

document the economic handicaps of a region is by focusing on its institutional frontiers, meaning those areas which had the most advanced economic institutions and were more open to change and adaptation. What was not achieved by those centers of economic development could not have been achieved by any other center, so that by documenting the handicaps of the institutional frontiers we would be documenting the greatest challenges to economic growth in a given society. That may be true, but explaining the institutional challenges of the most advanced centers does not amount to explaining the economic problems of a whole region. What is true for one center may not hold true for another. Certain factors might have been more important in some places than in others, and could have conditioned different paths of evolution. In the last analysis, this book becomes a study of the causes of the economic decline of the Ottoman Empire. It is entirely possible that this process may not have been the same as in other Islamic territories (such as North Africa or Iran).

If this is a book about divergence, one wonders whether some divergence happened also among different Middle Eastern regions themselves, and if so why. According to the Maddison estimates, Turkey begins to stand out within the Middle East in terms of a higher per capita income growth from the eighteenth century onwards. Future research about the economic decline of the Middle East should explore the differential economic performances of a variety of Middle Eastern regions, as well as the causes underlying those differences. Further, a study of the economic decline of the Middle East within a global context, not only in comparison with Western Europe, could shed more light on the causes of the divergence and thus help us to understand better the historical economic path of the Middle East.

We may ask whether it is really helpful to date the origins of the divergence between the Middle East and Europe so far back as around the year 1000. Of course, the central Middle Ages witnessed a profound decline in many regions under the sway of Islam. But by the sixteenth century the Ottoman Empire had become a major power, making important territorial gains even into the seventeenth century. Could not some of those achievements be the product of intellectual, military and political innovations? And if (as I do) we agree with Douglass C. North and Robert P. Thomas when they write that factors like innovation, education, capital accumulation, etc. “are not causes of growth; they *are* growth” (*The Rise of the Western World: A New Economic History*, Cambridge, 1973, p. 2), then that would provide some explanation for the achievements of the Ottoman Empire during the first centuries of the early modern period.

The criticisms here do not diminish the value of this study. Kuran’s work (not only in this book, but also in the many articles he has published during the last few decades exploring the causes of the economic decline of the Middle East) represents a superb contribution to our understanding of Middle Eastern economic history and institutions, and it deserves to become a starting

point for all thinking about the economic realities of the Middle East. Kuran's work provides an excellent general framework within which to conduct future research about the economic history of this region.

JOSÉ ANTONIO HARO-PERALTA

MAÍLLO SALGADO, Felipe, *Acerca de la conquista árabe de Hispania. Imprecisiones, equívocos y patrañas*, Trea, Gijón, 2011, 175 pp.

Felipe Maíllo es un investigador singular en el panorama del arabismo español. Historiador medievalista de vocación y arabista por adscripción académica, ha desarrollado una amplia trayectoria en la que ha desplegado ambas facetas de su formación. Como filólogo ha volcado buena parte de su labor en la traducción de fuentes árabes andalusíes. Asimismo, Maíllo ha sido un investigador siempre muy vinculado a la Historia, frecuentador habitual de los foros científicos y académicos de los medievalistas. No en vano, el libro está dedicado a quien el autor considera su gran maestro, el medievalista Salustiano Moreta. La obra reseñada representa la última producción del autor en este ámbito de la producción historiográfica.

El título del presente trabajo nos remite a uno de los episodios históricos más relevantes en la historia de la Península, la conquista musulmana, sobre la que el año 2011 ha dejado una cosecha abundante de publicaciones. Transcurridos 1300 años desde entonces, la ocasión era, en efecto, propicia para volver a plantear sus causas y consecuencias, máxime cuando, en tiempos recientes, se han resucitado viejos fantasmas asociados a la fecha de 711. Me refiero a los delirios negacionistas postulados en su día por un vulgar aficionado indocumentado como I. Olagüe y recuperados en la actualidad por el sector más extravagante del arabismo español (E. González Ferrín, *Historia general de al-Andalus*, Córdoba, 2009, 2ª ed.). Pero no se trata del único ejemplo. Cuando parecía que se había podido superar por completo el discurso catastrofista de los vencidos, surgido de la propia cronística latina y reinterpretado en clave nacional por la historiografía española decimonónica («la ruina de España»), llega, desde el otro lado del Estrecho, la restauración del de los vencedores, el discurso providencialista del *fath*, con su carga de legitimación glorificadora de la conquista, en la que incluso ese término es higiénicamente sustituido por el de «incorporación» (A. Tahiri, *Fath al-Andalus y la incorporación de Occidente a Dar al-Islam. Musa ibn Nusayr y Tariq b. Ziyad*, sl, 2011).

Por fortuna, la producción académica ha generado resultados mucho más alentadores, entre los que cabe destacar la labor de la revista *Zona Arqueológica*, editada por el Museo Arqueológico de la Comunidad de Madrid, cuyo número de 2011 se dedica monográficamente a la conquista, albergando en

sus dos volúmenes casi cincuenta artículos que representan una oportuna revisión y actualización de muchos de los aspectos implícitos en dicho proceso histórico. Asimismo, en 2012 ha visto la luz una nueva y excelente monografía, de la autora británica Nicola Clarke (*The Muslim Conquest of Iberia. Medieval Arabic Narratives*, Londres, Routledge). La obra reseñada se inserta en este rico contexto académico, aunque con ciertas peculiaridades que resulta necesario tener en cuenta.

En efecto, estamos ante una obra desigual, tanto por lo que se refiere a su estructura como a su contenido. El lector puede quedar algo desconcertado por el título, pues no se trata, en rigor, de un estudio de la conquista árabe de Hispania, salvo los dos primeros capítulos. Por la diversidad de su contenido, la obra podría calificarse de miscelánea, ya que junto a capítulos centrados en aspectos directamente vinculados al proceso de conquista, otros, en cambio, se remiten más bien a cuestiones derivadas de ella, en particular por lo que se refiere a la dominación y la presencia árabe y beréber en el cuadrante Noroeste peninsular, el territorio designado en las fuentes árabes como *Yilliqiya*. A destacar el apartado gráfico de la obra, integrado por un bien documentado y presentado conjunto de mapas a color que ilustran varios de los aspectos tratados en el estudio y que revelan una cuidada labor de edición.

La obra se estructura en ocho apartados, que se completan con un *excursus* final sobre «lógica histórica del desencuentro entre cristianos y musulmanes», procedente de una publicación anterior del autor. En el primero, el autor diserta sobre la fiabilidad de las fuentes árabes en lo referente a la conquista de la Península, adscribiéndose a una extendida tendencia, que podemos designar como escéptica o pesimista. Sin entrar a juzgar aquí los argumentos que sustentan esta corriente, sí considero necesario formular una observación. Llama la atención que, frente a las sombras que se arrojan sobre las desacreditadas fuentes árabes, en cambio no se adopten planteamientos similares respecto a las cristianas, en particular las crónicas asturianas, no menos ideologizadas que las árabes y tampoco más cercanas a la conquista musulmana, en particular a la epopeya de Pelayo y Covadonga.

La parte más densa y relevante del estudio la constituyen, a mi juicio, los capítulos V y VI, en los que el autor analiza la toponimia y antroponimia árabe del cuadrante noroeste peninsular. A este respecto, Maíllo profundiza en ideas y argumentos ya enunciados en trabajos anteriores, entre ellos la identificación del Sistema Central como límite de la dominación islámica en la Península, la inexistencia de una verdadera dominación musulmana más allá de ese límite y la ausencia de presencia beréber significativa en la zona del valle del Duero. A la revisión de las fuentes escritas, de la toponimia y de la antroponimia se añade una extensa labor de crítica historiográfica, a la que responde el provocador subtítulo de la obra. Se trata, a mi juicio, del aspecto más relevante de la misma. Muchos de los comentarios y observaciones de mayor enjundia se encuentran en las prolijas notas, con frecuencia más extensas que el propio cuerpo del texto. Maíllo no sólo se expresa de forma clara y abierta, sino que,

de la misma forma, manifiesta sus críticas hacia los autores de los que discrepa, algo que es de agradecer en un panorama historiográfico que, como el nuestro, es poco dado, en general, a la adopción de esta clase de planteamientos. Pocos se libran de sus comentarios, sobre todo los arabistas (P. Chalmeta, E. Manzano, J. Oliver Asín, D. Oliver Pérez, Ana M^a Carballeira, F. Franco Sánchez), pero también los medievalistas (A. Barrios, J. Fernández Conde), aunque también prodiga algunos elogios. Las ideas fundamentales que el autor sostiene en la obra se resumen cómodamente en un apartado final de conclusiones, integrado por diez apartados distintos.

Mención aparte para los capítulos inicial y final, pues, como indica el propio autor, «no participan de la condición general del resto de la obra». En el «prólogo a contrapelo», el autor no se abstiene de expresar ideas políticas personales relativas a aspectos de la realidad contemporánea, manifestándose en contra de los nacionalismos «periféricos», la Alianza de Civilizaciones y el multiculturalismo. Frente al valor que se quiera atribuir a estas opiniones, considero que el autor ha perdido una buena oportunidad para referirse a otras «imprecisiones, equívocos y patrañas» a mi juicio más relevantes desde el punto de vista historiográfico y que, además, se habrían adecuado de forma más fiel al título de la obra. No habría sido en absoluto inapropiado o descabellado que un investigador autorizado como Maíllo, excelente conocedor de las fuentes árabes, hubiese aprovechado esta oportunidad para desvelar algunas de las tergiversaciones recientes sobre la conquista.

ALEJANDRO GARCÍA SANJUÁN